

V. ANÁLISIS RELIGIOSO

INAUTENTICIDAD NEOLIBERAL EN LAS IGLESIAS

Jesús Vergara Aceves

1. Introducción

El mensaje de estas breves reflexiones puede llamar la atención y aun sorprender. Podrá dar lugar a serios debates.

En las actuales circunstancias de México, este tema no ha dejado de ser tabú, a pesar del reciente reconocimiento de la personalidad jurídica de las Asociaciones Religiosas. Lo que se difunde en los medios de comunicación, tanto por parte de ellas como por los ideólogos o los políticos, está implantado en un horizonte del pasado. Poco se considera el fenómeno religioso dentro del significado y los valores del modo de vida del México actual, ya bastante secularizado y controlado por la ideología neoliberal. Cuando no se tiene conciencia de la totalidad del horizonte, no se pueden abarcar las últimas consecuencias del sistema. El horizonte cultural pasado, en el que se sigue considerando la problemática religiosa, es totalmente distinto del presente. Por ello no pueden ver lo que significa el real neoliberalismo.

2. Presentación del problema

En la proximidad de la elecciones, hay un gran temor porque las iglesias se “metan en política y hagan proselitismos por candidatos y partidos”. Los neoliberales atacan este problema con una negociación generosa. Aceptan a las iglesias y aun le proporcionan ayuda para el culto, con tal de que no se metan en política.

En el semestre que estamos analizando, contrastan dos acontecimientos religiosos en la metrópoli. Por una parte, la abundantísima difusión por radio y televisión de las fiestas del 12 de diciembre. Nunca se había dado tanta publicidad a los festejos guadalupanos. Por otra, los mismos medios

censuraron algunas afirmaciones del Arzobispo sobre el neoliberalismo. Y todavía más fuerte fue la crítica a su posición en torno a la iglesia católica y su presencia en la política. Esta doble estrategia de estímulo y castigo, es muy propia de del neoliberalismo frente a las asociaciones religiosas. El efecto principal no recae en las personas sino en las instituciones. Sufren un reacomodo que le es impuesto por la ideología: si quieren disfrutar del bienestar y popularidad de esta sociedad, tienen que someterse a la condición de no impedir, de ninguna manera, el avance de la nueva economía. “Meterse en política” implica el riesgo de cuestionar lo incuestionable. Es decir, cambio a asociaciones dóciles pero beneficiadas y contentas.

Las asociaciones así “reacondicionadas” sufren un descabreo mayor al quedar sujetas al poder del nuevo sistema: se distancian de las bases, tienden a subordinarlas según una cultura normativa cada vez más imperativa, como en épocas pasadas. El resultado es la escisión dolorosa entre una cultura de religiosidad popular, que sigue impasiblemente su camino, y las instituciones religiosas, las cuales se ven cada vez más distantes e imperativas, por una parte, y cada vez más sometidas al poder económico y político, por otra. Si esa distancia se ensanchara, las asociaciones religiosas y la base de religiosidad popular entrarían en un conflicto social que agravaría el modelo neoliberal. Las asociaciones, adaptadas al sistema tratarían de justificarlo o, por lo menos, disimularle sus defectos. Y las bases marginadas las sentirían como parte de la clase social que las extorsiona. Es decir, las asociaciones religiosas entrarían en un conflicto de clase con la religiosidad popular y con los valores culturales, incluyendo precisamente los religiosos, que dan sentido a su vida.

La religiosidad popular cargará sus propios matices.

La católica irá por el santo patrón del pueblo o del barrio, por los santos, los sacramentales y las romerías, en lo sagrado. En lo profano irá por la fiesta, por compartir los gastos, por la solidaridad con los conocidos de la comunidad y por reafirmar la vinculación de los grupos. En general, los grupos de base católicos pueden ser más críticos y llegar a representar posibles conflictos con la política y la economía. La religiosidad de corte protestante irá por la buena conducta en ciertos aspectos éticos, como la sobriedad y el trabajo, porque ya se acerca el fin del mundo, por la proliferación de grupos informales, por el énfasis en el culto y la ausencia de un compromiso confesional con el mundo secular.

Todas llevan la ventaja de personalizar, quitar la frustración y animar a seguir adelante, sin conflictos con la autoridad. Por eso, son fuerza social poco conflictiva y codiciable por los partidos políticos

3. Planteamiento del problema

¿En las asociaciones religiosas, se dan realmente los cambios que hemos enunciado?, ¿son causados por la estrategia del nuevo sistema neoliberal?

4. Hipótesis

El neoliberalismo, su modelo económico y su estrategia concreta, explican adecuadamente los cambios religiosos, incluso el reconocimiento de la personalidad jurídica de sus asociaciones, para integrarlas dentro de una actividad eficaz del sistema. La novedad de la estrategia neoliberal consiste en la negociación, en conceder y exigir. Ha terminado la cultura normativa y polémica de la antirreligiosidad y del anticlericalismo. Esto explica también la actitud de los políticos y empresarios por atraer a las asociaciones religiosas o, por lo menos, por hacer que no estorben, sobre todo en el presente año, y ante las elecciones, donde pueden influir definitivamente en los resultados. Con los ejemplos recientes de Brasil o de Guatemala, queda claro que los protestantes también pueden influir definitivamente en la política y el resultado de las elecciones.

5. Marco teórico

El marco teórico del capítulo anterior se aplica en este capítulo. No hay por qué repetirlo.

Por otra parte, en este análisis cultural-religioso es conveniente destacar tanto los aspectos de la cultura normativa de las religiones como el viraje que el neoliberalismo ha dado, en contraste con el viejo liberalismo, frente a las asociaciones religiosas.

La gran mayoría de las asociaciones religiosas en México, están formadas por católicos y protestantes.

Los orígenes cristianos pronto se dieron a entender en la cultura normativa y clasicista de los griegos y romanos. Así llegó el cristianismo hasta el fin de la edad media.

La Reforma protestante mantuvo, todavía más estrictamente, la norma de fe en la Biblia, con inclinación a lecturas fundamentalistas, y con abandono de buena parte de la filosofía medieval y se adaptó más pragmáticamente a las cosas de este mundo. De esta manera, estableció un lindero, ya muy cercano al del liberalismo, entre el mundo sagrado de la fe y el mundo profano que empezaba a ser cada vez más autónomo.

Por este motivo, el protestantismo ha tenido mucha menor dificultad frente a los liberalismos, básicamente profanos. Hubo pocos problemas en las fronteras de lo secular y lo profano. Las relaciones entre las iglesias y los Estados (el caso de los anglicanos es único), pudieron eliminar fácilmente los problemas comunes. Es más, según la conocida tesis weberiana, la mística del protestantismo, con fuertes tendencias fundamentalistas, dio origen al capitalismo, porque la riqueza material de este mundo era señal de predestinación divina. Se evitaron, pues, los roces y marcharon al parejo, cooperando en el desarrollo del complejo mundo moderno.

El peligro de los protestantes está en terminar siendo asociaciones religiosas dependientes de las ideologías liberales, aunque encapsuladas en emotivo fundamentalismo. Prestan a las ideologías un enorme servicio por no ser instancia crítica de la marcha del capitalismo y de personalizar y consolar a los que vienen del mundo profano, sumergidos en el anonimato y la frustración.

El mayor peligro de los protestantes no está sólo en su subordinación a los Estados, sino en la forma de mantener la integridad de su fe, sin mutilarla ni deformarla.

El catolicismo ha mantenido una cultura normativa no sólo en la comprensión de su fe, sino en su filosofía perenne, en su cosmovisión del hombre y de sus leyes naturales, que todavía mantienen la perspectiva helénica de principios universales e inmutables que deben aplicarse como norma en toda circunstancia histórica.

Esta cultura fuertemente impositiva llevó a un apego excesivo a los textos de su fe (tendencia integrista) y a una comprensión cerrada de sus contenidos, sin tomar en cuenta los contextos históricos. Por este énfasis en la norma doctrinal de su fe, el catolicismo provocó fuertes reacciones e

incluso persecuciones de parte del liberalismo viejo, del comunismo y del neoliberalismo.

Reaccionó con decidido rechazo a los reclamos libertarios que el liberalismo hacía frente a los abusos de poder del Estado y de la iglesia, unidos por siglos. El catolicismo no pudo ver, en su cerrazón, la verdad de los reclamos, porque venían de los enemigos de Dios, y porque se olvidaban que Dios está presente en el mundo y habla por boca de justos y pecadores. El catolicismo prefirió la persecución y la guerra a la negociación, a la que su integrismo práctico no le permitía acceder. Sufrió persecución y clandestinidad.

Frente a la cultura normativa y muy autoritaria del comunismo ateo, el catolicismo reforzó su integrismo doctrinal. No se permitía dialogar con el ateísmo militante. Pagó también con la persecución y la clandestinidad. Por concentrarse con el integrismo en rechazar el ateísmo comunista, no pudo tal vez reconocer sus aspectos positivos, como la justicia que proclamaba.

En ese momento llega el neoliberalismo con su nueva estrategia de negociación con todas las religiones. El catolicismo se ablandó fácilmente; no estaba preparado, salió deslumbrado de la clandestinidad y se contentó con pobres negociaciones, como cuando en México se reconoció a las asociaciones religiosas en 1992. Aparece ingenuo y desprotegido, fácil presa del abuso. Acaban los tiempos de persecución abierta del viejo liberalismo y del comunismo. No encuentra el ateísmo militante que frontalmente contradecía el pilar de su doctrina; al contrario, se encuentra ante la teórica confesión de fe, "On God we trust", aunque el ateísmo práctico sea todavía más corrosivo. El catolicismo sale a la luz pública, está presente en los medios. Los mensajes y los viajes papales son noticia.

Se mantiene la integridad de la doctrina de la fe y de la justicia. Pero se atienen al sentido material de los textos, sin posibilidad de amplia interpretación. Es grande el peligro de un integrismo y una absoluta indiferencia y desconexión de su fe con los aspectos mundanos de la economía, la sociedad y la cultura. Si se respeta su doctrina, son víctimas fáciles en la negociación. No pueden vivir con el todo o nada; hay que acomodarse y negociar. Y al término de las negociaciones se ve que la práctica de la justicia ha introducido dos pesas y medidas: una es la norma estricta frente a la doctrina del ateísmo militante, tanto del comunismo liquidado como del inmi-

nente secularismo, y otra es la norma laxa para la negociación con los neoliberales que aparentan no ser ateos militantes.

En conclusión: las confesiones referidas de católicos y protestantes han reaccionado de semejante manera ante la ideología neoliberal.

Pero siguen en una cultura que ya es pasado histórico.

Prefieren la negociación para no arriesgar, ante el secularismo, la desconcertante y escéptica posmodernidad, la religiosidad puramente espontánea y sensible, sin norma alguna de instituciones oficiales que le afecte.

Están desprovistas ante la negociación con el neoliberalismo; negocian el poder mundano y son inhábiles para hacerlo. Las estrategias que usan son semejantes: códigos religiosos y autoconciencia tradicional, transformaciones de sus instituciones y esfuerzo por transformar las otras instituciones en orden a que no se rebase nunca el primer imperativo: sometimiento clerical o político para que finalmente se impongan sus aportaciones sobre los valores culturales vividos. Negocian a medias: a cambio de la integridad de su confesión religiosa tratan de ver, en debilidad, qué privilegios del pasado pueden recuperar. Nunca pueden descubrir plenamente las ideologías porque todavía no se sacuden la propia.

Falta su inserción en otros aspectos del mundo moderno para poder transfundir eficazmente su mensaje religioso. Se vive del pasado y en el pasado, sin entrar en la cultura actual. Los islotes de la cultura normativa, incluso el del neoliberalismo, se hacen cada vez más pequeños ante la ola irresistible de liberación de la opresión, de participación de toda la sociedad para realizar una libertad más auténtica.

6. Situación cultural en México

6.1 Antes y después del neoliberalismo

También en lo religioso acontece lo que ya dijimos de la cultura mexicana en general: es la historia de una cultura de la base, que ha padecido tres culturas normativas impuestas desde el exterior. A las culturas española, liberal y neoliberal, corresponde en lo religioso la cultura normativa del catolicismo, de un laicismo antirreligioso forzado y un neoliberalismo negociador y conciliador con las religiones.

El catolicismo de la colonia, a pesar de los logros de algunas personalidades, geniales apóstoles, no caló más hondo en la sociedad porque no quiso perder sus abusos de poderío y privilegios. Más aún, con esa reacción justificaba, en parte, las reivindicaciones de los liberales anticlericales.

El liberalismo no tuvo arraigo popular, a pesar de los cambios profundos que logró, como fueron los constitucionales y los culturales. No cabe duda que liberó de la anterior cultura normativa, aunque impuso también otra, pero más cercana a los tiempos de entonces. Un efecto consiguiente a esos cambios, no pretendido, resultó positivo para los católicos. Al borrar de la Constitución su personalidad jurídica y buena parte de sus derechos de libertad religiosa, se hicieron más cercanos al pueblo y se identificaron con él.

La tendencia socializante de la Revolución no miró a la iglesia católica con simpatía. La veía disputándose el poder con los liberales, porque, aunque tenía presencia en la base, las grandes decisiones salían de la élite de poder.

El neoliberalismo es demasiado reciente para poder hacer una evaluación. Pero ya se pueden empezar a plantear los principales aspectos positivos y negativos.

Para estudiar el segundo semestre de 1996 vamos a seguir la misma división que hicimos en el capítulo anterior.

Agitación social

Cuando a principios de semestre se mostraba intensa la reacción de la clase empobrecida y desesperada, se habló claramente, en los medios de comunicación, sobre el acceso de las asociaciones religiosas a esos medios. De hecho, no se trató cuando el reconocimiento de la personalidad jurídica de ellas.

Se preguntaban dos cosas: ¿qué derechos y obligaciones implicaba su presencia? En la actual coyuntura, ¿qué sentido tendría?

En cuanto a lo primero, se implica que las asociaciones religiosas tienen el derecho de comunicar en público toda su doctrina, sus creencias, su moral, su pensamiento ético en torno a la economía, la política, la sociedad y la cultura, su sentido religioso en este tiempo y espacio y sus compromisos por el bien y la justicia. A estos derechos corresponde la obligación de proceder con fidelidad a la verdad y a la realidad, sin distorsiones ni deformaciones ni complicidades ni disimulos que deformen y dañen el bienestar de la sociedad a la que compete, en última instancia, dar su juicio sobre la

actuación de las asociaciones religiosas (todavía se recuerda la matanza de Waco, Texas). Por la escasa democracia existente es difícil que esto acontezca. Lo fácil y probable sería que estas asociaciones se alineen de ordinario con los poderosos.

Dada la afinidad de la cultura normativa, en católicos y protestantes, con la del sistema neoliberal, la presencia de las asociaciones en los medios de comunicación tendería más bien a mantener la negociación que implica el sistema: libertad en el culto para no estorbar en la política. Se avizora o sumisión al poder o confrontación crítica y denuncia de grupos importantes y necesarios para respaldar al sistema. Todo esto rompería el pacto implícito en el reconocimiento de la personalidad jurídica. Lo más probable sería la alineación con el sistema, como se hace en los Estados Unidos.

Solución ética

¡Qué peligroso sería que las asociaciones denunciaran, en los medios de comunicación, la agitación social, sobre todo en año de elecciones! ¡Qué oportuno sería, si las asociaciones distrajeran de la aguda realidad política con el pacifismo de su culto, y todavía más si legitimaran a los poderosos!

En las actuales circunstancias, sólo lo segundo parece probable. Y dada su mayor cercanía con las tesis del liberalismo, los protestantes sacarían el mayor provecho para sus confesiones y darían el mayor apoyo religioso a los viejos y a los nuevos liberales. Los católicos seguirían un derrotero semejante, aunque con mayor dificultad, puesto que tienen un pensamiento social que deben sostener y que critica las bases antivalorales del sistema. Aunque hay una élite de católicos neoliberales que están asociados con neopanistas, también neoliberales, y pueden tener un efecto decisivo para que el PAN tome el poder. Piénsese en los municipios mexiquenses colindantes con el Distrito Federal, y donde se encuentran estos católicos muy conservadores y neopanistas.

Al Arzobispo de México se le criticó duramente, en los medios de comunicación, porque habría externado lo mínimo que se puede decir de la injusticia y los inconvenientes que trae el neoliberalismo. De no hacerlo hubiera traicionado los contenidos fundamentales del pensamiento social cristiano.

Prueba de que a buena parte los católicos, a excepción de alguna personalidad que parece sacada de otro siglo y de otra cultura, le iría mal, es la desafortunada e injustificada intervención de la Secretaría de Gobernación contra el Arzobispo de México, por motivo de una homilía en que delimitaba el terreno en que la iglesia podía y debía intervenir en política. Hay que obedecer y respetar a la autoridad en todo y sólo aquello que se dirija al bien de la comunidad, fue la tesis. No todo Estado de Hecho es Estado de Derecho, ni en todo. El anticlericalismo se desbordó con amenazas. El Arzobispo se mantuvo firme y sereno. Se le pidió una disculpa... y asunto terminado... a la mexicana.

El tema era candente: la iglesia y la política. Y todavía más en esta coyuntura. ¿Callará? ¿Hablará? ¿Denunciará?

Balance anual

El neoliberalismo, para los católicos, presenta aspectos muy positivos como son la formidable red que permite tantas comunicaciones y tanto crecimiento técnico y material. Pero tiene efectos perversos: poner el crecimiento económico y no la plenitud de todos los hombres como razón de ser de la economía; poner la actividad política al servicio de la política económica; restringir la actividad del Estado, hasta despojarlo de responsabilidades por los bienes que merecen y requieren las personas; eliminar programas generales de creación de oportunidades para todos y sustituirlos por apoyos ocasionales a grupos focalizados. Exacerba el individualismo y la carrera por ganar y poseer; desata la codicia, la corrupción y la violencia; destruye radicalmente la comunidad.

Las religiones de cultura normativa se sienten fuertes en el neoliberalismo porque pueden luchar contra el ateísmo militante, contra la muerte de Dios. Pero se olvidan que se está matando al hombre. Y sin hombre libre no hay oportunidad de reconocer que Dios vive. Por vivir en el pasado, estas religiones no pueden ver que el hombre actual está muriendo.

En cambio enfilan sus baterías contra un fantasma, causante de todos los males, la Teología de la Liberación. En ese buco emisario pretenden destruir y expiar toda tendencia que se abra más allá de la negociación fácil con el neoliberalismo, con tal de que se mantenga el respeto a la libertad de

cultos y la difusión de una doctrina cristiana aséptica en lo social y fácil negociadora en lo político.

La Teología de la Liberación, como todo movimiento histórico, ha tenido notable cambios de madurez. Hace veinte años, algunos de estos teólogos, atónitos ante la injusticia que palpaban en la inserción con la base, se apresuraron a utilizar el análisis marxista ante el convencimiento de que el capitalismo no haría nada en favor de la justicia; el trabajo con las bases ayudó a purificar esas exageraciones. Ahora es una Teología madura que ha dado grandes aportaciones a las teologías de todo el mundo. Así lo ha reconocido el Papa actual. Ha cumplido con una misión decisiva en el subcontinente de la esperanza católica.

7. Práctica alternativa frente al neoliberalismo

En la actual coyuntura cultural, católicos y protestantes llevan las de perder, especialmente los primeros, dada su fuerte estructura clerical, ante una religión cada vez menos estructurada, más independiente y más sentimental.

Piensan que tienen sólo una opción ante la alternativa de negociar con el neoliberalismo o lanzarse a la improvisación posmoderna.

Han optado por la negociación por dos causas principales: tienen un conocimiento parcial del sistema neoliberal y una conciencia insuficiente de sí mismos.

En relación con ellas hay que despejar una dificultad previa. No se trata de mejorar la negociación, porque se harían más mundanos en compartir el poder y se debilitarían más como asociaciones religiosas. La mejor negociación, en este caso, es la rotunda negativa a la negociación.

Y no se excluye el poder secular porque sea malo, sino porque las asociaciones religiosas no deben entrar a él.

Algunas altas autoridades religiosas no pueden entenderlo. No es posible, dicen el "todo o nada". No se trata de obtenerlo todo... en la negociación. Se trata de no luchar por el poder del mundo, de no negociarlo. Estas mentalidades delatan lo empapado que tienen la cultura normativa, la fuerza del actual neoliberalismo y el gran prejuicio de que las confesiones religiosas tienen que buscar el poder, si quieren hacer algo en la sociedad.

El conocimiento del sistema que tienen los religiosos es parcial, aunque piensan que ya es total. No pueden salirse del esquema de cultura normati-

va, tantas veces ya señalado. Es el origen de la semejanza entre estas asociaciones religiosas y el neoliberalismo. Su punto de partida es falso: codifican una determinada ética o pseudoética, en la que cifran el éxito del futuro, la felicidad y la salvación, y lo imponen, de manera que se cambien y se le adapten las instituciones, los grupos sociales y las culturas.

En ese momento la negociación se hace inevitable. Ganando o perdiendo, las asociaciones religiosas pierden porque pierden su identidad.

Se gana libertad en el culto y se pierde libertad en el ámbito de la vida pública. El mensaje y la salvación quedan trancos y deformes.

Surgen falsos motivos para la negociación: el liberalismo no es ateo militante, su economía no es intrínsecamente mala, tiene valores cristianos, defiende la libertad frente al totalitarismo, promueve la justicia al dar fuentes de trabajo, el afán de superarse es profundamente humano...

Cuando se llega a la negociación y se experimentan los efectos, se cae en la cuenta de que se ha perdido autoridad moral al negociar el poder con el sistema. Fácilmente se pueden convertir en iglesias del sistema.

Entonces surgen hondos cuestionamientos. El mayor es el de la inculturación del mensaje religioso, ya que se reduce al tamaño del patrón cultural de la confesión religiosa. No se puede ver la presencia de salvación tanto en lo religioso como en lo laico y secular. No hay por qué atisbar a los siglos de los tiempos. Todo el mensaje lo lleva ya la explícita confesión religiosa. Las religiones se hacen instituciones semipolíticas de baja pero eficaz intensidad, en lugar de ser lo que deben: instancias críticas, desde sus valores religiosos, de toda la marcha de la sociedad y las culturas.

Para que las confesiones logren este cambio, es necesaria una modificación total del horizonte cultural; abandonar el antiguo patrón normativo, clave de todo desarrollo humano y asumir la actitud sencilla de dejar que los otros trabajen por sí mismos, dialoguen, decidan y planeen lo que piensan que debe hacerse.

Se trata de un cambio copernicano del sistema neoliberal, del sistema cultural normativo, del que también estas asociaciones religiosas participan y están convencidas que es lo único posible. La estrategia común es de racionalidad cerrada (ideologizada), cambio de instituciones, imposición sobre la sociedad y cambio de la cultura. La estrategia nueva será la de acompañar al pueblo en su cultura y en su organización social hasta que

llegue a transformar sus propias instituciones y ser crítico de toda ideología pseudosalvadora.

Esta estrategia dismantela las instituciones de poder y lleva a una profunda inserción en la cultura vivida por el pueblo.

Desde la cultura empírica podrán recuperar su autenticidad perdida. La mayor preocupación del momento es que las asociaciones religiosas no se metan en política; en la reciente legislación queda claramente estipulado. Pero el problema jurídico sólo se resolverá si se resuelve el cultural.

La historia de México es una historia transida por las luchas entre clericalismos y anticlericalismos que todavía no terminan. Si se arreglan las negociaciones habrá equilibrio, pero no solución.

Así como hay rechazo a que las iglesias se metan en política, hay una espontaneidad que a nadie sorprende: que los sindicatos o que las asociaciones de empresarios e incluso algunas universidades se afilien abiertamente a los partidos políticos. El caso más notable es el de la larga vida de militancia de la CTM en el partido oficial, que a nadie sorprende.

En la cultura empírica no se puede imponer una estrategia política de un partido, en nombre de una fe o convicción religiosa. Y el argumento es más amplio. Tampoco es válido que un sindicato, hecho para buscar el bien de sus trabajadores agremiados, negocie con el poder y ceda en sus derechos, aunque gane en otros aspectos. Lo mismo se debe decir de las asociaciones de empresarios y de otras.

El argumento es muy sencillo: el bien de la nación, el bien de la comunidad mexicana, requiere que los grupos sociales, universidades, iglesias, sindicatos y otras asociaciones, cumplan con sus propios objetivos o finalidades. Se trata de un pluralismo que ha de armonizarse y conjugarse para realizar ese bien de toda la comunidad.

Los partidos políticos existen para presentar programas de acción política y para luchar por obtener el poder y administrar a la nación según esos programas. Pero en su acción de propaganda no se vale que coopten sindicatos ni otras asociaciones, ni universidades ni iglesias, provocando conflictos inútiles. De no seguirse esta finalidad de los partidos, se sigue la corrupción del corporativismo que trata de triunfar por las alianzas amarradas y no por la vía democrática.

Los sindicatos, ya se dijo, son para luchar por la justicia de sus trabajadores afiliados. No pueden entrar en el toma y daca de una negociación

donde, a costa de ciertos beneficios, se venda la libertad de reivindicar la justicia.

Los empresarios tienen también un objetivo en sus organizaciones: fomentar el desarrollo de la economía nacional. Cuando negocian con el poder, adquieren privilegios privados y ceden su obligación de un crecimiento económico para todos.

Las universidades son para buscar, en el conjunto de los saberes, un acercamiento a la verdad y proponerlo así a la sociedad. Cuando negocian con el poder político, adquieren privilegios pero pierden la libertad de investigar toda la verdad.

Las iglesias, igualmente, son para proponer unos valores religiosos a la sociedad en que se encurtan. Si negocian, ceden en su propuesta a cambio de los beneficios que reciben por no incomodar con los cuestionamientos de su doctrina.

Concluamos: sólo se deja de hacer política, cuando las instituciones pretenden y realizan sólo su objetivo, con la libertad de no regatearlo con el poder.

